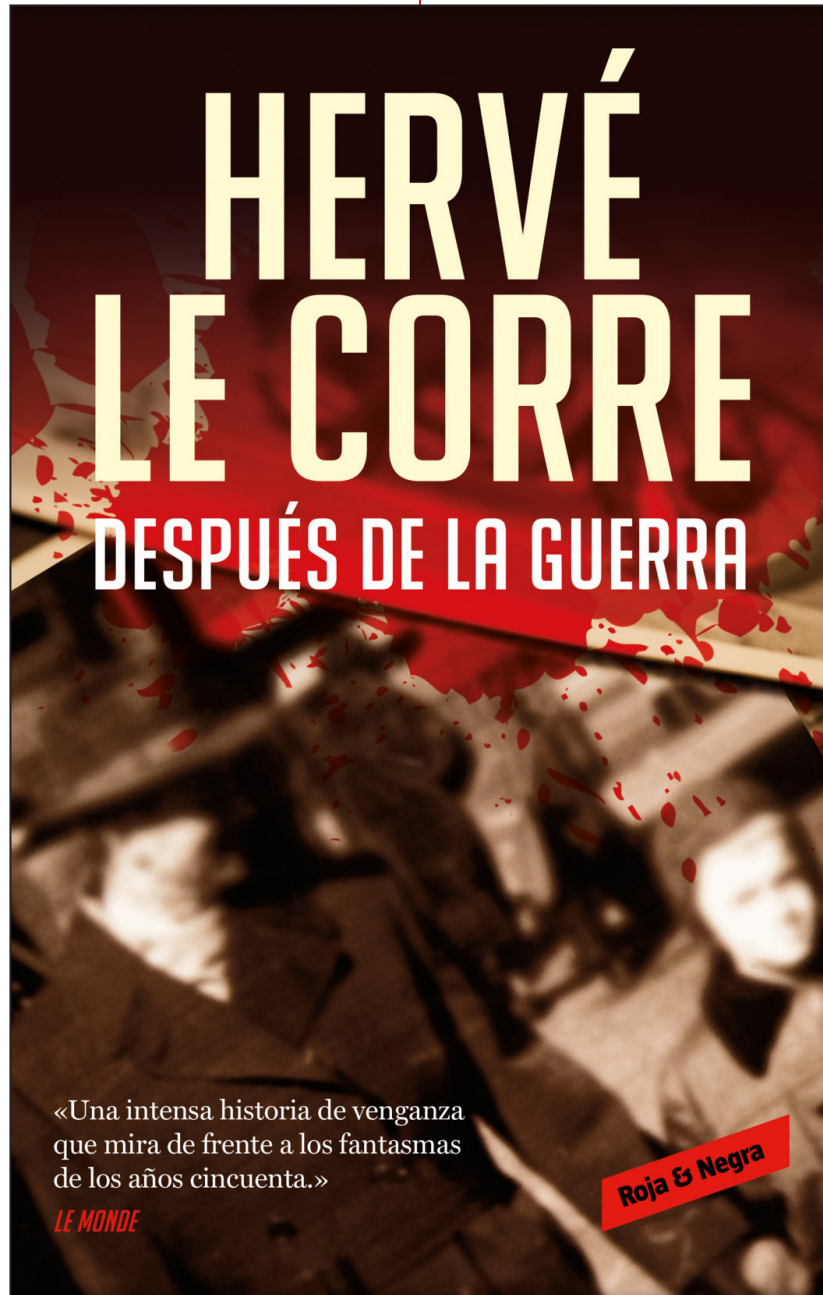




Guía de lectura



Penguin Club de lectura

## SINOPSIS

Burdeos, años cincuenta. Una ciudad repleta de heridas que siguen muy abiertas desde que acabara la Segunda Guerra Mundial y que preside la inquietante figura del comisario Darlac, un policía sin escrúpulos que colaboró con el régimen nazi y que domina todos los resortes del poder. Al mismo tiempo, lejos pero peligrosamente cerca, empieza a recrudecerse un nuevo conflicto: los jóvenes son llamados a filas en Argelia.

Daniel sabe que ése es su destino y aunque no se engaña sobre los horrores

que le aguardan desea vivir en sus carnes la experiencia bélica. Perdió a sus padres en los campos de exterminio y es aprendiz de mecánico. Un día, poco antes de ser reclutado, un desconocido llega al garaje en el que trabaja para reparar su moto. No es casualidad. La presencia de este fantasma del pasado desatará una oleada de violencia por toda la ciudad mientras otros crímenes se suceden bajo el calor sofocante de la colonia. La guerra nunca termina, pues sus ecos pueden revelarse igual de feroces y despiadados.

## CLAVES

Referente indiscutible del *thriller* y la novela negra franceses desde los años 90, Hervé Le Corre dio un nuevo impulso a su ya dilatada y celebrada trayectoria literaria con la publicación en 2014 de *Después de la guerra*, que recabó distinciones tan importantes como el Prix Landernau Polar, el Prix Michel-Lebrun y el Prix Le Point du Polar Européen. En ella ponía el foco en uno de los momentos más críticos en la historia reciente de su país: la conjunción de traumas y agravios que se arrastraban desde el final de la Segunda Guerra Mundial con la creciente movilización de soldados hacia el frente argelino. Cuando todavía supuraban las heridas del anterior conflicto bélico se abrían otras nuevas. El dolor y la muerte como un continuo desesperante.

En este marco tan complejo y delicado, Le Corre saca músculo novelístico recreando la desolación física y mental que debía de respirar su Burdeos natal en los años 50, al tiempo que llevando

la acción a la árida y brutal Argelia. En uno y otro lugar, el lector topará con un conjunto de personajes que amasan emociones y sentimientos extremos, empujados al límite, supervivientes de un pasado atroz o enfrentados a un presente despiadado y asfixiante.

Los familiarizados con la obra del escritor se reencontrarán con su interés por la violencia —«me asusta y hace que me pregunte por qué la gente la ejerce y por qué quienes la sufren muchas veces no intentan salir de la trampa en que se encuentran», declaró a *El Periódico*—, por la exploración de los deseos, pulsiones y frustraciones del ser humano y por el dramatismo de esos momentos históricos en los que resulta imposible permanecer neutrales.

*Después de la guerra* es una obra de largo aliento y llena de fuerza que demuestra una vez más la capacidad del *thriller* y la novela negra para abordar desde muchos ángulos episodios turbulentos de la Historia e invitar al recuerdo y a la reflexión.

## TEMAS

### HERIDAS ABIERTAS

El principal motor de la novela es el enfrentamiento entre un brutal policía y un fantasma del pasado que regresa a Burdeos cegado por las ansias de rendir cuentas. Hervé Le Corre retrata con una amplia paleta de grises a dos individuos consumidos por sus demonios personales e inmersos en una huida hacia delante, entre los cuales despliega una rivalidad enfermiza, un letal juego entre el gato y el ratón. A través de estos seres destrozados por la guerra de muy diversas maneras (si bien ambos perdieron su alma en el camino), el autor pone en solfa emociones y sentimientos de alto voltaje como la culpa, la traición, la venganza o la imposibilidad de perdonar.

«Aprieta el paso, bañado en sudor y con los ojos llenos de lágrimas, y recorre, sin saber cómo ha llegado hasta allí, las calles en las que pasó su infancia, para detenerse, jadeando, delante de la casa en la que se crio y esperar a que salga alguien. Le da un vuelco el corazón cuando aparece un niño corriendo con un perro cogido con una correa y la gorra calada hasta las orejas, y se ve a sí mismo trajinando por los grandes adoquines desprendidos o jugando sentado en un

rincón de un portal. Entonces se marcha casi a la carrera de ese barrio de casas sombrías, antes de que salga alguien más, y desemboca en el muelle des Chartrons, sumergido en el alboroto del tráfico. Alza la vista hacia los barcos, con su chimenea y su castillo de proa blanco elevados por la marea alta bajo un cielo insoportable que mantiene apartadas las nubes y hace brillar sobre la ciudad los colores y los charcos de lluvia.

De repente, en cuanto empieza a andar de nuevo, los tiene a todos a su alrededor mirándolo, murmurando, y los ve, ve a todos los que su memoria en carne viva no puede impedir que aparezcan como ahogados que resurgen del fondo de una laguna.

Lo siguen sin cesar ni un momento. Recuerda, ¿te acuerdas? Sus voces resuenan hasta en sus pasos, muertos y vivos, y cada esquina, cada plaza es un teatro de sombras y de remordimientos en el que se representa una pantomima indefinida.»

«Abre la puerta y se deja caer en esa burbuja de silencio que el vaho de los cristales ha vuelto opaca. La sola idea de volver a casa y toparse con la mirada interrogativa y el mohín hostil de su señora y la provocación muda y bamboleante de sus caderas le provoca náuseas. Arranca y

se dirige hacia el mercado des Capucins para beber algo caliente o fuerte y comer, quizá, algo pesado y salado. Siente ese deseo en el vientre. Violento. Luego irá a casa de Francis, su hermano, su fiel compañero, el más duro de todos, para trazar un plan de acción, una estrategia, e intentar quitar de en medio a ese fantasma peligroso, a ese asesino invisible. La guerra es la guerra.»

---

## EL ESPEJISMO HEROICO DE LA GUERRA

La atracción que la guerra despierta en la juventud es uno de los puntos cardinales de la novela. Impulsados por ideales como el honor, el patriotismo o el heroísmo, o alentados por la glamurización que ha ofrecido el cine, pero también animados por la mera curiosidad de poder corroborar o refutar lo que se comenta en los medios de comunicación o en las conversaciones informales, los jóvenes se han sentido tradicionalmente magnetizados por los conflictos bélicos. A través de la guerra de Argelia, Le Corre habla de esta fatídica pulsión por acudir al campo de batalla y del trauma consiguiente al descubrir que es uno de los ejemplos más flagrantes de infierno en la Tierra.

«Se han detenido en plena acera, formando un corro, y el aliento que expelen y las palabras que se dicen humean en el frío como si les salieran ardiendo de la boca. La calle se ha vaciado poco a poco. Al pasar, la gente refunfuña porque molestan, ahí plantados en mitad del paso.

—Contra ti mismo, vas a luchar contra ti mismo —dice Irène con voz sorda, como para sus adentros.

Daniel busca su mirada en la sombra de su rostro.

—¿Por qué dices eso?

—Lo sabes perfectamente.

—Deja de hacerte la interesante con tus aires de filósofa. Solo por el hecho de que hayas aprobado el examen final del bachillerato...

—Irène tiene razón —dice Sara—. La gente muchas veces va a la guerra a buscarse, a buscar su límite. Sale en muchas películas... Con lo que a ti te gusta el cine. Tú quieres ver la guerra, pero en este caso será de verdad. No estará Errol Flynn, solo por el hecho de que bestias pardas y mierda. ¿Qué vieron los hombres de Palestro? ¿Eh? ¿Andan por ahí para poder contar la gran aventura de su vida?

—¿Y qué? Enseguida se te llena la boca, pero ¿qué propones? ¿Que deserte? ¿Que me embarque, como pretende hacer Alain? Además, es mi vida y hago lo que quiero.»

---

## COLABORACIONISMO Y HOLOCAUSTO

La cara más terrible de la Segunda Guerra Mundial hace acto de presencia por medio de la persecución y eliminación de la comunidad a cargo de los nazis. El autor no huye de la complicidad de la ciudadanía francesa en la barbarie ni de la crudeza de los campos de concentración y exterminio.

«Justo encima, una gran foto de De Gaulle en Burdeos en septiembre del 44. El gran hombre, que fue a meter en cintura a sus cómplices rojos, está delante de un micrófono, rodeado por los jefes de la resistencia, pero también por varios colaboracionistas ya recolocados, sobre los que la purga pasaría, más adelante, como una nubecilla insignificante, una mera sombra: auténticos cerdos, falsos miembros de la resistencia, policías, prefectos, jefes de gabinete que se habían dedicado a organizar las redadas, refrendar las órdenes de detención, torturar sin piedad, anticiparse a las órdenes de los boches y superarlas, pero que en el 43 notaron que cambiaba el viento y se inventaron actos de valentía e improvisaron coartadas, salvaron provechosamente a un puñado de judíos y conservaron pruebas de ese heroísmo para que cuando llegara el momento, cuando se reunieran los tribunales y se alinearán los pelotones de fusilamiento, los blandengues fueran a testificar a su favor. Allí estaban, aunque no todos, claro, en la multitud congregada detrás del gran cabrón, preguntándose quizá cuál de sus víctimas los recordaría y lamentando ya, quién sabe, que en todas las matanzas haya supervivientes capaces de contar lo sucedido y señalar con el dedo a los verdugos.»

«Un día, morí. Íbamos por una carretera y nos dormíamos andando, y nos caíamos, y alguien nos levantaba y entonces las piernas empezaban a avanzar

otra vez y ayudábamos a mantenerse en pie a otros que tropezaban porque se quedaban dormidos y a veces no se despertaban, de modo que los soldados los dejaban tirados en el barro o la nieve del arcén y nos obligaban a seguir adelante a base de culatazos en la espalda o en la nuca. A veces se ensañaban con alguno hasta que se desplomaba, lo cual les daba un buen motivo para matarlo, clavándolo en el suelo con la bota y metiéndole una bala en el cogote. Había entre nosotros muchos que se habían roto los dedos al intentar protegerse con las manos y luego no podían ni comerse las cuatro migas de pan que todavía hacían circular por la fila y que ablandábamos en el agua de los charcos o en la nieve. Creo que la mayoría de las veces era en la nieve. Los que tenían las manos rotas no podían ni siquiera deshacerse el nudo de la cuerda de los pantalones para cagar en los descansos, así que los ayudábamos, cuando podíamos, cuando el frío no había endurecido los nudos mojados; si no, se aliviaban tumbados, tapándose la cara con las manos hinchadas y negruzcas como si les diera vergüenza. Como si alguno de nosotros aún pudiera sentir esa emoción a aquellas alturas. O tal vez se tratara de una especie de reflejo, un recuerdo muy lejano y sepultado de lo que habíamos sido antes de quedar reducidos a aquellos cuerpos que solo se aguantaban derechos por el empecinamiento del esqueleto y para los cuales todo paso dado, todo latido del corazón arañado a la nada constituía una victoria vana.»

## PERSONAJES PRINCIPALES

*Después de la guerra* gira principalmente en torno a tres figuras masculinas, unidas por lazos de sangre o por amistades pretéritas, al tiempo que cada una de ellas marcada por la Segunda Guerra Mundial y/o la guerra de Argelia. Le Corre analiza el modo en que la verdadera naturaleza de cada persona asoma en momentos de máxima dificultad y cómo se gestionan profundas heridas vitales.

### ALBERT DARLAC

Comisario del Departamento de la Policía Judicial de Burdeos. Sus simpatías fascistas lo empujaron a ser colaboracionista de los nazis durante el régimen de Pétain, participando en redadas de judíos y lucrándose con el saqueo de las viviendas de los malgradados enviados a los campos de concentración.

Capaz de salir inmune de las purgas realizadas tras la guerra, domina con mano de hierro las calles de Burdeos gracias a una extensa red de contactos en todos los ámbitos. Corrupto y violento, maltrata de forma brutal a su mujer y siente un deseo sexual por su hija adolescente que lo encoleriza. Cree gozar de plena inmunidad para sus fechorías pasadas y presentes hasta que una enigmática figura comienza a eliminar o amenazar a gente de su círculo estrecho.

«Para Darlac, hay gente que se merece la mierda en la que vive metida, porque se resigna a su desgracia, construida a conciencia. Claro que él, como policía, tiene el deber de evitar que el fango desborde, de impedir que los pobres se acostumbren a tomarse la justicia por su mano, no vaya a ser que se les ocurra tomarla con los verdaderos responsables de su triste suerte. Así funciona el mundo. Cada uno en su sitio y el rebaño bien vigilado.»

«Hay días en los que se imagina de policía en Niza o en Marsella, donde sabe que sería como un zorro en un corral y no tendría que hacerse el hipócrita e inclinarse ante los comisarios generales, en esas ciudades en las que bajo el cielo azul el aire está tan corrompido que a la gente ya ni se le ocurre taparse la nariz. Pero se dice que tendría que empezar de cero, hacer nuevos contactos, demostrar su capacidad, y eso exigiría un esfuerzo excesivo y, sobre todo, mu-

cho tiempo. Y él ya está llegando a una edad en la que el tiempo, precisamente, empieza a pasar volando, por lo que se le calman esos ardores meridionales y mira el cielo lluvioso con gesto hostil y hunde la cabeza entre los hombros, temiendo más la turbonada que se avecina que cualquier juicio divino, algo que le importa un comino. Aquí, en Burdeos, conoce a todo el mundo. Es en cierto modo uno de los príncipes de este pequeño reino considerado tan tranquilo.»

### DANIEL

Joven trabajador en un taller mecánico que perdió a sus padres —ella era judía y simpatizante comunista, él un ludópata y un mujeriego proclive a meterse en líos— y a su hermana en un campo de concentración siendo muy niño. Enamorado de Irène, la hija del matrimonio obrero que lo adoptó, y cinéfilo entusiasta. Quiere comprobar con sus propios ojos si las historias que se cuentan sobre las barbaridades cometidas en el norte de África son ciertas. Llamado finalmente a filas para combatir en Argelia, conocerá los horrores de la guerra en primera persona y deberá decidir si quiere seguir siendo cómplice de los mismos.

«Dentro de unas semanas estará en la guerra. Podrá matar y morir. Es lo más importante que le ha pasado desde... ¿Desde qué, exactamente? No sabe si ha llegado a pasarle nada. Sabe que le falta algo y lo nota en el hueco del vientre, entre el esternón y el estómago. Ahí está, como un agujero. Una bola de vacío. A veces le duele, se le hace un nudo, nota algo amargo y entonces escupe o vomita algo de flema. La guerra. Tiene miedo, de repente. Pero le gustaría ir a descubrir de qué, a pesar de las náuseas.

Es un poco como cuando, de niño, sus amigos y él se desafiaban: a ver quién andaba más rato con los ojos vendados por el bordillo de una acera, quién se fumaba un pitillo por el lado de la brasa, quién bajaba un tramo de escaleras en una bici sin frenos, quién ponía la mano en el fuego.»

«Daniel clava los codos en el suelo, contiene la respiración. Ve el humo antes de oír el restallido de los disparos.

Entonces distingue varios centímetros del cañón y una parte del trípode. Se pregunta cómo puede no haberlo visto antes. Le falta saliva para hablar y de su boca seca, forrada de polvo, solo sale un gorgoteo. Piensa en las dos cantimploras que lo esperan abajo, a la sombra. Busca al tirador, vigila el más mínimo temblor de las hojas ásperas y rígidas que el viento apenas agita. Le tiemblan los antebrazos. Le arden la espalda y los hombros, el cuello de la chaqueta le rasca la nuca empapada de sudor. Inspecciona las profundidades del bosquecillo en busca de una mancha más clara, un poco de piel, el paso de un medallón luminoso por una cara.



De repente, distingue un perfil, inmóvil, por encima del eje de tiro del fusil ametrallador.

El fusil. Ajustar la mira. Ha perdido el objetivo, su campo de visión tiembla demasiado.

—Ten. Bebe un sorbo y luego revientale la cara.

No recuerda haber tragado nada mejor que esa agua tibia y turbia. Logra dar las gracias y vuelve a ponerse en posición de tiro, se desplaza un poco de lado, encuentra un mejor apoyo.

El tirador sigue ahí, a la sombra de la arboleda, inmóvil ante su fusil ametrallador. Lo ve mejor. El rostro inclinado, los ojos quizá bajados como si rezara. La fuerza de esa imagen lo sorprende. Ese perfil encuadrado por una maraña esmeralda y negra que reluce al sol. Profundidad y contraste.

Daniel lo centra en la mira, levanta el arma ligeramente para compensar la caída de la trayectoria, bloquea la respiración. Durante diez o quince segundos, no nota nada más que el cosquilleo de una gota de sudor que le baja de la sien a la mejilla. En la mira ve al hombre postrado, y con el otro ojo, la arboleda verde oscuro en la que se esconde, iluminado por un sol de justicia.

La detonación lo ensordece. El hombro absorbe bien el impacto. Por la mira ya no ve nada, vuelve a encontrar la boca del fusil ametrallador, busca la silueta del tirador.

Castel escudriña los arbustos con los prismáticos.

—He visto movimiento. Le has dado.

Coge el walkie-talkie e informa al teniente:

—Le hemos dado. Avanzad antes de que pongan a otro. Yo voy a ver.

Daniel no quita los ojos de los matorrales. No consigue apartar la vista del punto donde ha visto ese rostro inmóvil. Se dice que puede que ya esté muerto y, sin embargo, espera verlo reaparecer. El sargento lo agarra de la manga.»

### ANDRÉ VAILLANT

Bajo una identidad falsa, a lomos de su motocicleta Norton o apostado en bares o callejuelas desde las que realiza discretas labores de vigilancia, una figura fantasmagórica o ángel de venganza recorre la ciudad ejecutando un siniestro plan. Superviviente del infierno, este hombre invisible cuyo «cuerpo parece vigoroso, erguido, robusto incluso pero la cara es la de un anciano, arrugada como un periódico viejo en el que sólo se hubieran impreso malas noticias» se la tiene jurada a Darlac. Nada podrá devolverle a sus seres queridos ni enmendar los numerosos errores que cometió en el pasado, pero hacer sufrir y luego matar al comisario es lo único que parece dar sentido a su destrozada vida.

«Vive en un piso pequeño de la rue Lafontaine, no muy lejos del mercado des Capucins, en un barrio donde para muchos el español es la lengua común de la derrota y el exilio. Un recibidor, una cocinita iluminada por un tragaluz que da a un patio estrecho, un dormitorio. Una mesa, dos sillas, un aparador abandonado por el inquilino anterior, un anaquel lleno de libros. Una cama que se ha comprado nueva, su único lujo. Las sábanas huelen a limpio, se las lava la vecina todas las semanas por doscientos francos. Las huele todas las noches al acostarse, todas las noches se llena las narices de ese olor a jabón y a lavanda. Entonces el sueño acude veloz y puede abandonarse a él sin temor. Es el mejor momento del día, esa inmersión lenta con la mejilla pegada a la tela fresca. Ahora las noches le pertenecen. Sabe que las pesadillas lo despertarán entre sudor y lágrimas, sabe que gritará al creer sentir a su lado la presencia gélida de un cadáver y tendrá que encender la lámpara de la mesilla de noche para constatar que está solo entre sus sábanas perfumadas, sabe que probablemente no acabará nunca, pero ese momento, esa soledad, ese placer al sentir que el sueño lo acoge en su apacible tibieza, todo eso lo disfruta gruñendo como un animal feliz.»

Aunque este trío constituye el núcleo de la obra, *Después de la guerra* es una novela coral por la que pululan multitud de personajes secundarios, tanto por Burdeos como por Argelia, tanto por el presente como por el pasado. Y si bien Le Corre concentra la mayor parte de sus esfuerzos en el retrato de masculinidades a la deriva, cabe resaltar el amplio abanico de mujeres que sirven de contrapunto a la oscuridad que desprenden ellos, caso, por ejemplo, de Annette y Élise, la esposa y la hija adolescente de Albert Darlac, respectivamente, la joven prostituta Arlette, Roselyne, madre adoptiva de Daniel, o su gran amor Irène.

## BURDEOS

La ciudad natal de Hervé Le Corre es el telón de fondo de *Después de la guerra*, un lugar al que el autor ha vuelto de forma reiterada en su obra. Burdeos es una ciudad portuaria e industrial, cuya grisura física casa con la tristeza anímica que impera entre sus habitantes, muy recientes aún los traumas de la guerra y la posguerra: el yugo nazi, las deportaciones de judíos, el colaboracionismo rampante, la impunidad de tantos viejos verdugos, el hambre... La delincuencia, el tráfico de drogas y la prostitución siguen a la orden del día, al tiempo que la única forma de escapar se antoja una ratonera más letal como es poner rumbo al frente argelino. Urbe sin ley, dominio del más fuerte, coto de fantasmas, un escenario *noir* modélico.

«Por encima de las naves, se ven los brazos de las grúas inclinados sobre los barcos. Parecen brujas de hierro que hurgan en el vientre de esos monstruos desmañados que el río ha arrojado contra el muelle. La marea está alta, por lo que Daniel distingue la cima de un castillo, los reflejos de la pasarela, el palo erizado de antenas y la chimenea negra y azul con la insignia de la compañía Delmas-Vieljeux. Algunos días, de tanto como los levanta la marea, da la sensación de que podrían entrar todos a la deriva en la ciudad, cortar la piedra con su proa enorme y abrir canales donde antes había calles en penumbra.»

«Está en la rue Surson, a cien metros del muelle de Bacalan. Claro que por el lado del río la verja del puerto y el cemento marrón de las naves tapan la perspectiva. Las bodegas de los grandes comerciantes de vino ocupan manzanas enteras. Hectáreas de almacenes y de cadenas de embotellado. Unos camiones se encargan del transporte hasta los muelles, desde los que la mercancía sale a inundar gazznates afortunados de todo el mundo.

A menudo, por la mañana, el barrio entero huele a vino. Hoy es uno de esos días. André sale bajo un cielo claro entre el alboroto de los gorriones, que desciende desde los tejados rondando por los canalones. Un atisbo de primavera que ya se impacienta. Sus dedos acarician la culata de la pistola. No sale nunca sin llevarla encima. En el cargador hay ocho cartuchos. Suficiente para coger algo de

ventaja, huir y creer que todavía puede salirse con la suya.

Camina a buen paso envuelto en un aire fresco, bordeando una cerca que pretende esconder las ruinas de dos o tres casas destruidas en el bombardeo del 17 de mayo del 43. El barrio está lleno de edificios desplomados como esos, de aberturas así que de repente dejan pasar la luz hasta una calle angosta, como si un urbanista enloquecido hubiera querido crear una placita, pero lo que se ve después de tantos años son tuberías que cuelgan de los restos de los baños, tabiques con la pintura desconchada, con azulejos descoloridos, toda una intimidad de interiores exhibida a los cuatro vientos, un siniestro traje de Arlequín a modo de ornamento. Un *écorché* de la ciudad con la piel levantada y dejada colgando, haciendo imposible la cicatrización.»

## FRAGMENTOS

«Por supuesto, Maurice ya le ha contado su guerra, la del 39, la espera en las Ardenas limpiando las metralletas, haciendo ejercicio y maniobras, y aquel hijo de puta del cabo primero, que se pasaba el día gritando y los obligaba a arrastrarse por el polvo o correr bajo la lluvia por la más mínima falta. Y luego los primeros bombardeos, a lo lejos, el estruendo que se acercaba, y las noches en vela, las patrullas con el miedo en las tripas, cargando aquellos viejos fusiles del 14 que se encasquillaban con facilidad, y los primeros cadáveres que habían encontrado a dos kilómetros de allí, cuatro hombres desplomados unos encima de otros, un batiburrillo de sangre y vísceras que ya olía mal, eso contó, una sola vez, sí, una noche como esta, y le temblaba la voz y solo movía los dedos con los que agarraba el vaso, porque se había quedado congelado durante el relato, con una mirada que vagaba de uno a otro, por los tres que estaban sen-

tados a la mesa, quizá sin verlos, porque todo iba volviendo, se le metía en la cabeza como un velo de luto a medida que detrás de cada palabra surgían imágenes, olores y gritos.

Les habló del invierno, terrible, de los sabañones, de los hombres agazapados en agujeros, apretujados en torno a los braseros, del viento del este que los obligaba a salir de su refugio con remolinos mordaces y luego soplaba sobre sus hogueras de madera verde para ahumarlos, la nieve que caía durante días enteros, tan densa y espesa que no habrían visto acercarse ni a un regimiento de carros armados alemanes.

No había disparado ni un solo tiro con el fusil más que para cazar, ya que durante mucho tiempo las únicas alertas fueron las que daban unos centinelas embobados de sueño o embriagados de aguardiente que abrían fuego contra ciervos que iban a rascar la costra de hielo en busca de un poco de hierba.

La guerra se les había acercado, habían oído el gruñido de sus cañonazos, el temblor ocasional del suelo ante su avance plúmbeo, habían visto circular camiones cargados de muertos, batallones en retirada, se habían echado al suelo al paso de los cazas boches que no parecían verlos o que quizá hacían caso omiso de aquella chusma supernumeraria ya vencida. Y entonces, una mañana, un coronel les dio la orden de replegarse, o de salir pitando de allí, mejor dicho, si no querían que al día siguiente les pasaran por encima dos regimientos de panzers, así que se marcharon y se encontraron en unas carreteras abrasadas por el sol, muertos de calor con el uniforme de invierno, perseguidos por las columnas de humo que se levantaban por el este. Les quitaron las armas y los petates y les dijeron que no se quedaran allí plantados, que se fueran a su casa, que ya no había nada que hacer, que ya los desmovilizarían más adelante.»

«Daniel vuelve a doblar la carta de Irène y se la mete en el bolsillo de los pantalones con el corazón henchido porque detrás de las palabras ha oído su voz, sus inflexiones e incluso su risa, y por espacio de cinco minutos ha dejado de estar ahí en ese agujero de mierda, ha estado alejado de la guerra, transportado junto a ella. Le cuenta que ha recibido una postal de Alain enviada desde Copenhague, donde estaba nevando. Está bien, está contento, aprende a hablar inglés. Le manda recuerdos, toda su amistad. Irène habla también de los demás amigos, de la universidad y de los profesores soporíferos, del aula magna y del

silencio pesado que impera, de la poesía, que está descubriendo con pasión, *no las estrofas que nos hacían aprender de carrerilla en el colegio, sino la poesía, la de verdad, sé que tú te lo tomas a broma, pero ahí donde estás ahora creo que sería una buena forma de escapar de lo que tienes que estar viviendo, de todo eso de lo que no cuentas gran cosa...*

Él no entiende muy bien qué podría aportarle la poesía: ¿aplacar el calor, haría llover, resucitaría a los muertos? ¿Qué palabras para decir qué? ¿Paz entre los hombres de buena voluntad? ¿Las gilipolleces que sueltan los curas en la iglesia el domingo? ¿Qué escritor de mierda podría decir algo con la fuerza necesaria para detener la máquina infernal que oye rugir a su alrededor, en este momento al ralenti? Las palabras no tienen ningún peso frente al hierro y el fuego. Maurice le habló no hace mucho de Jaurès: ni siquiera él pudo hacer nada, en el 14, con todos sus discursos estupendos. No se puede hablar más alto que un cañonazo. Así pues, los poetas, con tanta afectación... Le gustaría entender lo que dice Irène sobre la poesía. Le gustaría estar de acuerdo con ella, hablar como ella. Quizá algún día. Cierra los ojos. Empieza a soñar. Oye su voz, que le dice versos, susurrando, con la boca pegada a su oído. Durante unos segundos deja de estar en Argelia. El acantonamiento, su polvo, los gritos de los muchachos que están jugando, el sol abrasador, el cansancio, el aburrimiento, incluso la guerra y sus armas se desvanecen. ¿A lo mejor la poesía de Irène era eso? ¿La posibilidad de salir del tiempo y de no volver a sentir su peso?»

«Se oye un ruido como de petardo de feria. Darlac siente el retroceso en el hombro, nota que algo se le desgarra o se le contrae sobre el omoplato y hace una mueca de dolor antes de levantarse y contemplar el cadáver de Francis, tirado en la butaca con las piernas estiradas, las manos sobre el vientre y vino, paté y pan por encima. Se queda allí quieto, con el arma en la mano y la cabeza vacía, aturdido. Instintivamente, se pone a buscar el casquillo con la mirada y en ese preciso instante el cojín empieza a deslizarse y luego a rodar por las piernas del muerto como si fueran una pendiente hasta acabar en el suelo, con lo que quedan al descubierto la frente hundida por la bala, los ojos entreabiertos, la boca desencajada y llena de sangre que desborda por la barbilla. No le ve la nuca, pero sabe cómo ha quedado, así que aparta la vista del cadáver, encuentra el casquillo encima de una mesa y lo recoge, se da cuenta de que sigue empuñando la pistola y se la guarda poco a poco en el bolsillo.

Da vueltas por la habitación frotándose el hombro, se inclina sobre distintos bibelots que examina de cerca, sopesa los dos kilos relucientes de un elefante de ébano y pasa el dedo por la tersura de los colmillitos de marfil. Entonces se fija en un candelabro y enciende las velas con el mechero. Se queda un instante mirando arder las cortas llamas y no piensa más que en lo que está haciendo, un poco como cuando alguien rueda escaleras abajo e intenta protegerse. A continuación, atontado, va a la cocina a abrir todos los fogones y vuelve al salón. De repente piensa en sus huellas, se maldice mentalmente por una negligencia así y limpia esmeradamente todo lo que ha tocado, porque con el gas y el fuego nunca se sabe...

Al salir, cierra con cuidado la puerta, con náuseas por el olor que ya se extiende. Una vez en la calle, se llena los pulmones con el aire húmedo y viciado de la ciudad y se encuentra mejor, levanta los ojos hacia el cielo gris y se aleja a buen paso hacia el coche.»

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La novela arranca con una dura escena de tortura. ¿Qué motivos creéis que impulsaron al autor a tomar esta decisión?
2. ¿Encuadraríais parcialmente el libro en un género de tradición tan sólida en Francia como el folletín (pensemos en posibles concomitancias con *El conde de Montecristo* de Alexandre Dumas, por ejemplo)?
3. ¿De qué maneras la ciudad de Burdeos contribuye a generar el clima fatídico y lúgubre que atraviesa el libro?
4. ¿Cómo calificaríais el modo en que Le Corre aborda un asunto tan espinoso para la historia de su país como fue el colaboracionismo?
5. Valorad el nivel de crudeza al que recurre el autor a la hora de retratar la guerra de Argelia.
6. ¿Podríamos calificar la novela de antibelicista?
7. Aunque es un concepto reciente y, por tanto, no aplicable a los años 50, ¿cabría sostener que Le Corre describe de forma recurrente ejemplos de «masculinidad tóxica»?
8. Daniel es seguramente el personaje cuyo arco evolutivo está más desarrollado. ¿Cómo lo sintetizaríais?



9. ¿Qué creéis que llevó al autor a narrar en primera persona los años previos del regreso del padre de Daniel a Burdeos para ejecutar su venganza?
10. Las mujeres de la novela tienen un papel secundario pero clave en el libro. ¿Qué elementos en común detectáis en ellas?
11. Señalad los elementos que emplea el escritor para amenizar y oxigenar unas líneas narrativas marcadas por tanto dramatismo y dolor.
12. ¿Con qué otros policías corruptos y salvajes del género negro emparentaríais a Darlac?
13. El estilo de Le Corre está marcado por una profunda musicalidad. ¿Qué efectos tiene esto sobre la historia? ¿Podrías señalar algunos ejemplos destacados?
14. Comentad los variados registros lingüísticos que utiliza el autor a la hora de retratar personajes y ambientes.
15. ¿Cuáles creéis que serían los mayores desafíos a los que se enfrentaría una adaptación de la novela para el cine o la televisión?

## EL AUTOR



**HERVÉ LE CORRE** (Burdeos, 1955) es un reconocido autor de novela policíaca. Profesor de literatura en la universidad de Bègles, Le Corre comenzó a escribir a los treinta años. En 1990 se publicó su primera novela, *La Douleur des morts*, en la prestigiosa «Série noire» de Gallimard. En 2009 recibió el Grand Prix de Littérature Policière y en 2010 el Prix Mystère de la crítica por *Les Coeurs déchiquetés*. En 2014, por su

novela *Después de la guerra* (Roja & Negra, 2021), obtuvo el Prix Landernau Polar, el Prix Michel-Lebrun y el Prix Le Point du Polar Européen. En 2016 publicó *Perros y lobos* (Roja & Negra, 2018), que la crítica y los lectores acogieron con verdadero entusiasmo. En 2019 apareció *Bajo las llamas* (Roja & Negra, 2020), su consagración definitiva como el gran maestro de la novela negra francesa.

